

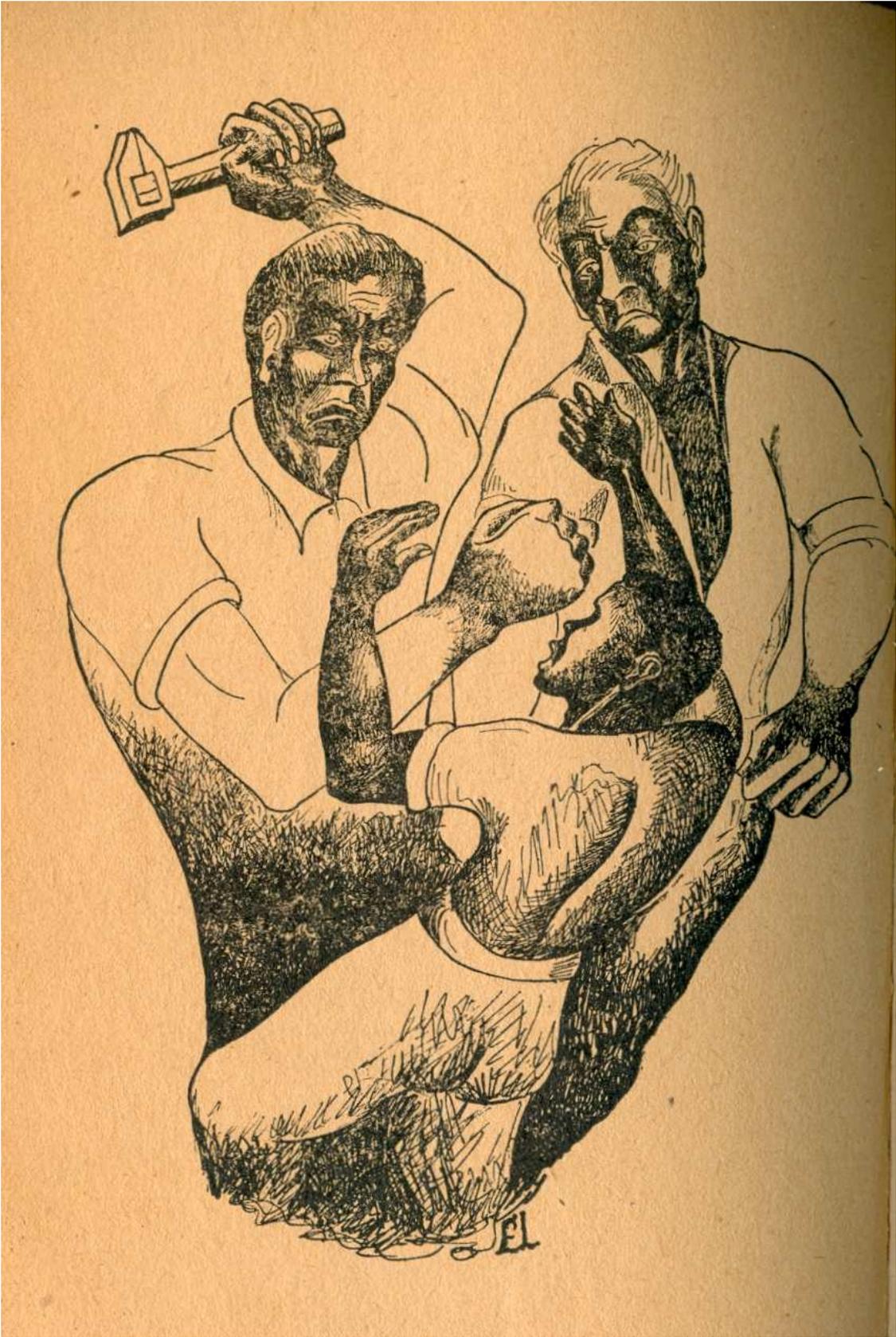
La tierra de Caín

Poemas de

*Enrique González Rojo, Raúl Leiva y
Eduardo Lizalde*



I D E A S D E M E X I C O



EL NEGRITO EMMET TILL

por Enrique González Rojo

Los primeros faroles destruían la tarde.
La callejuela —sí, la vieja y sucia—
se quedaba sin niños. Todos ellos,
barnizados sus labios con el hambre,
buscaron los rincones y los lechos
donde los ojos saben extraviar las miradas
que han sido tan amargas como todos los días.
Frente a la casa grande, se escucharon los pasos:
unos pasos menudos
y otros —caray, ¿quién viene?—
de un hombre que buscaba
entre todas sus bocas, la de hiena
para echarse a reír.
De pronto las miradas.
Los pasos atraían las miradas.
Ojos indiferentes.
Ojos acurrucados en alguna nostalgia;
ojos enardecidos por el odio;
ojos, entre otros ojos,
que irradiaban chispazos de deseo.
El hombre era accesorio,
una sombra tal vez,
un hueco indiferente,
un borrón en la página ambulante.
Ella, dándole el brazo, balanceaba su cuerpo.
Caderas que señalan el fracaso
de la cárcel ingenua del vestido,
lanzaban oleadas de lujuria
a izquierda y a derecha.

Esas piernas. Habrá que detenerse.
Lentamente, despacio hay que decirlo;
las piernas, la tersura caliente de esas piernas;
faldas que escamoteaban
la carne apeñuscada en la belleza,
faldas en un oleaje de crujidos.
La mente de los hombres. Las ideas.
Todos los pensamientos
tenían epidermis de mujer.
Varios hombres creyeron
gozar en esa carne.
Creyeron ser los dueños
de ese instante de luz
—¡mi muchacha, mi amor!— que nos fatiga.

Emmet no estaba lejos; sus labios, sus mejillas,
sus manos en las bolsas, no se hallaban muy lejos.
Su cabello crispado,
sus palabras, un júbilo en los ojos.
Él no estaba muy lejos.
Los amantes se le iban poco a poco acercando.
Emmet, como los otros,
no tuvo más miradas que para ella;
desdibujó el apoyo masculino;
lo evaporo, sonriente, de la calle;
lo abandonó en los últimos rincones
de Chicago; lo puso lejos de él,
entre algunas basuras;
una basura más
entre tantos despojos
que la gente condena a no mirar.
Emmet sintió su cuerpo. Era un adolescente.
Hace días —dos días—
una de las primeras erecciones,

como suave marea levantada,
lo sorprendió en su lecho.
Era un niño normal que se encontraba
a un paso de ser hombre,
a un cuerpo de mujer
de adquirir los secretos de la vida.
Cuando miró los senos
y soñó hacer la cita con la carne
a la nudez en punto,
cuando vio la epidermis
apretada entre venas anulosas,
sintió que el corazón se le caía.
Un extraño, escozor.
Y entonces lo inconsciente, lo guardado,
un niño que se cambia por un hombre,
una boca imprevista
y el fuetazo sonoro de un silbido
lleno de admiración y de deseo.

El contorno de nada,
la sombra musculosa
que masticaba chicle con maestría,
el hombre "propietario"
de esos kilos morbosos de hermosura,
dejó de estar afuera, reintegróse al espacio,
dio un salto del olvido a la presencia,
vivificó a la roca;
pero sólo lanzó sobre el chiquillo
una extraña mirada indiferente.

Los amantes dejaron la calleja.
Emmet, ya más sereno, se sintió en el regazo
de una de esas sonrisas de su madre.
Se restregó los ojos. Se frotó los zapatos

en la parte trasera de los nuevos
pantalones. Subió para su casa.
Un olvido total
del anterior suceso.
"Que vienen a buscarte dos señores",
escucha de su madre.
"Serán aquellos dos
que me vendieron estos pantalones".
Bajó las escaleras.
La puerta del zaguán abrió su angustia.
El hombre que paseaba a la belleza
por la calle, y un otro (más grande y musculoso)
lo tomaron, cada uno, de los hombros:
un muñeco de trapo,
un negrito de paja, se diría...

Se mueve el automóvil.
Un silencio cuajado en la venganza.
Dos ejemplares, dos, de raza pura.
Un lugar descampado.
Frenos. Las portezuelas.
Un forcejeo tímido, medroso.
La desesperación ya no valía,
era, en aquel momento,
una moneda falsa.

Primero un puñetazo del gorila:
un alarde de técnica.
¡Qué precisión! El golpe no fue brusco:
supo guardar, con arte, las distancias.
Colocó un "hasta aquí" sin exigirle
demasiado al dolor.
El zarpazo al estómago
fue más intencionado,

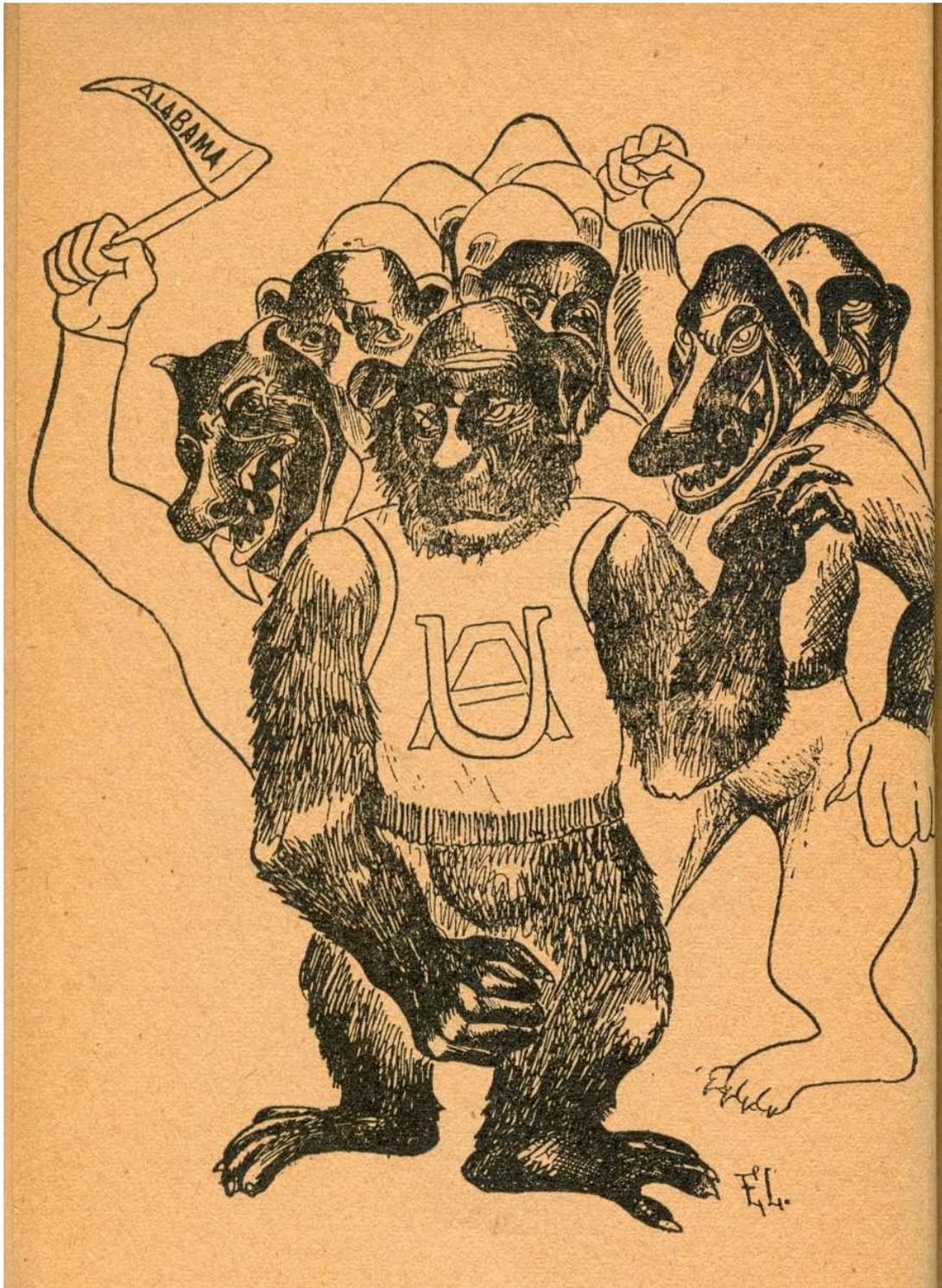
desenlace de un cálculo preciso.
Mientras uno oprimía los hombros del muchacho
el gorila estudiaba
cuál ángulo sería preferible:
era en verdad la bestia
geómetra del dolor, físico del escarnio.
Melómano de aullidos infrahumanos,
inició el "vengador"
un ágil tiroteo de manatos.
La sangre apareció. Pero era poca.
Una poca de sangre.
Bienestar —no alegría, no júbilo—
hizo nacer la sangre.
Los golpes fueron ya ininterrumpidos:
modelaron, de pronto,
el regocijo franco de la hiena.
Risas de mal aliento,
como nubes de whisky,
eran la compañía
de puñetazos dóciles y lúgubres.
La llovizna de odio se fue intensificando.
Las manos iban rifles, volvían escopetas;
ascendían puñales, bajaban dinamita;
se llamaban revólveres,
se apellidaban balas.
El "vengador", jadeante, carraspeó:
"Yo soy Rocky Marciano,
mira como Archie Moore no se defiende.
Yo soy un blanco, mira,
tú sólo un negro imbécil".
Así dijo la fiera.
El otro, de repente, entró en el juego.
Cuatro puños trazaban, en la cara del niño,
leprosas acuarelas, cubismos ulcerosos,

surrealismos de sangre,
frescos de un colorido pestilente.

La vida del negrito se hallaba ya dormida,
durmiendo —dulce niño, negrito de tu madre,
negrito de nosotros—
entre las azucenas de una paz verdadera.
La muerte no detuvo
más que la vida de Emmet,
no detuvo el impulso destructivo:
estaban todavía las hienas trabajando;
los puños se enredaban en el asco,
una papilla hueca era la cara;
golpeaban con piedras, con la rueda de acero,
con pedazos de hacha, con la llave de tuercas;
mataban, con el ánimo incendiado,
las facciones del rostro.
De la mano a la cara se extendía
gigante malvavisco,
jirón de caramelo vomitado.
Los chacales, contentos,
se fueron poco a poco rindiendo a la fatiga...

Unos días después,
los jueces absolvieron a los hombres.

¿Por qué se nos ha dicho que Hitler ya no vive?



México, 1956.